

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE OSMA.

Este Boletín se publica los días 1, 10, y 20 de cada mes.—Los que gusten suscribirse deberán verificarlo en la Secretaría de Cámara por precio de 8 rs. cada trimestre. Se insertarán *gratis* los comunicados y anuncios que remitan los señores eclesiásticos, siempre que obtengan la aprobación del Prelado. Todas las comunicaciones llevarán este sobre: *Al Director del BOLETIN ECLESIASTICO del Obispado de Osma, en el Burgo.*— Los números sueltos se venden á un real.

PARTE OFICIAL.

Deseando el Sr. Gobernador Eclesiástico de este Obispado facilitar los medios de salvación á todos los fieles de la Diócesis, que, verdaderamente arrepentidos, se acerquen al Tribunal de la Penitencia, concede á todos los Sres. Párrocos, Eónomos, Tenientes y demas Sacerdotes que durante este tiempo Santo oígan confesiones en dicha Diócesis, la facultad de absolver de los reservados sinodales y habilitar *ad petendum*, que durará desde que principie el cumplimiento pascual en sus respectivas Parroquias hasta el día 31 de Mayo; no entendiéndose esta limita-

ción para todos aquellos que tenían anteriormente estas facultades. Lo que se anuncia en este BOLETIN ECLESIASTICO para los efectos consiguientes.

Burgo de Osma 29 de Marzo de 1862.—*Dr. D. José Anselmo Villar.*
—Pormandado de S. S.—Francisco Castaño,—P. Secretario.

El Sr. Gobernador Eclesiástico ha tenido á bien elegir para el lavatorio de piés y limosna de Jueves Santo á los sujetos que se espresan á continuación:

Francisco Gomez, de la Póveda,
Cárlos Sanz, del Burgo.
Frutos Delgado, de Osma.
Tomás Gonzalo, de Valdenebro.

Remigio Gimenez, de Bliécos.

Pio Sanz, Aldehuela de Periañez.

Luis Alonso, de Atauta.

Erasmo Santiago, Peñalva de San Esteban.

Agustin Vallejo, de Tajueco.

Deogracias de Sebastian, de Fuentespina.

Martin Pariente, de Peñaranda.

Joaquin de Pablo, de Covaleda.

Los Sres. Curas Párrocos se servirán ponerlo en conocimiento de los interesados de sus feligresias, que advirtiéndoles que el Miércoles Santo por la mañana deberán presentarse á recibir órdenes en casa del Alguacil de corona.

Burgo de Osma 31 de Marzo de 1862.—D. Francisco. Castaño.—P. Secretario.

Continúa el artículo que empezamos á insertar en el número anterior sobre la Campana.

Pero donde mejor se sienten los servicios que presta la campana es en las aldeas y lugares ¿Qué sería sin la campana y sin su influencia civilizadora la vida del morador de los campos, abrumado bajo el peso de los mas penosos trabajos? Una vida de privaciones sin ningun desquite de fatiga, sin compensacion, una larga esclavitud, cuyo término sería el sepulcro, y durante la cual el hombre

laborioso atado al terruño, que maldeciría cien veces al dia, nunca tendría un solo pensamiento para el cielo, y entonces veríamos como los vicios mas groseros y la mas completa ignorancia vendrian á reemplazar en las familias á la dócil fé y á las costumbres sencillas del patriarca de los campos.

Restitúyanse á la aldea las campanas, y se habrá opuesto un dique insuperable á tan espantosa degradacion, porque la campana es para la aldea un motivo de fé y de oraciones de esperanza y de resignacion, al mismo tiempo que es su regulador y su guia. Puesta entre el cielo y la tierra, ella anuncia los primeros albores del dia, llama al hombre al trabajo y le invita á bendecir y alabar al Dios que va á derramar por los valles y las colinas ó la humedad refrigerante de las nubes ó los fuegos vivificadores del sol. Tres veces al dia le convida para que bendiga por la mediacion de la Reina de los Angeles al que da sazón á los frutos y galas á los campos.

Llamando al pobre á las lecciones del pastor, convidandole al banquete eucarístico y á las solemnidades de la religion, la campana endulza las penalidades de su condicion, hace menos amargo el pan de la miseria y le proporciona con la pompa de nuestras

sagradas armonías los únicos goces, que sin embargo una incredulidad salvaje ha intentado mas de una vez arrebatarse. Le anuncia que hay un lugar augusto, un palacio donde puede presentarse con toda la sencillez que exige la desgracia; que allí puede colocarse al lado del rico; que está puesta una mesa á la que puede sentarse; que el Señor que le llama no tiene acepción de personas, y que el nombre de padre del cual se muestra celoso su corazón, hace hermanos á todos los hombres que se postran á sus plantas.

Recordando tantos beneficios ¿cómo reclamar así en nombre de la religion como de la humanidad y de las artes, las numerosas campanas que la piedad de los fieles diseminó por los bosques, las gargantas de las montañas por las riveras del mar y hasta en la cresta de las mas escarpadas rocas?

Campanas de las ermitas, campanas de los monasterios, tiernas y misteriosas voces de la esperanza y del socorro, vosotras sabeis guiar hácia el techo hospitalario de la abadía, hácia la celda del habitante del desierto, al viajero perdido en la soledad, ó al pecador atormentado por las angustias de la duda, abrumado del peso de sus remordimientos. Llamaba seguro de que se abriría una puerta, y se habia de asomar un alma para decirle: «Entra hermano; si estás am-

briente, yo te daré pan: si estás sediento, yo te daré de beber; si estás triste, si lloras, yo enjugaré tus lágrimas. Y así es como el monasterio, cuyos beneficios no ha podido conocer ni apreciar la generacion actual, ha estado poseyendo durante largo tiempo el privilegio de retardar hasta nosotros la terrible invasion del suicidio.

Reseñados ya los muchos é importantes servicios de la campana á nadie causará admiracion el culto que la daban nuestros mayores, ni la generosa piedad con que dotaban así nuestras mas modestas iglesias como nuestras mas suntuosas basilicas, y es que tenian la alta inteligencia de los beneficios de la campana. Para ella levantaron tantas torres gigantestas, tantos magestuosos campanarios, tantas pirámides atrevidas en el arte inspirado de la fé, parece haber jugado con las maravillas, y ante los cuales es necesario detener el paso, sorprendido de los prodigios que la religion supo producir en los tiempos de su ignorancia, como para arrojar á nuestra época de progreso el guante del mas solemne desafio.

Tal vez no comprendan este lenguaje los hombres que, ocupados únicamente en los intereses materiales no toman ya en cuenta las influencias superiores que moralizan á los pue-

blos y desarrollan la civilización. Mas, sin embargo, no dudamos afirmar que entre los varios elementos que constituyen el bienestar social, no hay uno siquiera cuya acción sea más poderosa que la virtud del campanario de la parroquia. Es una influencia á la cual es tan incapaz de sustraerse el guerrero en los campos de batalla, como el estudiante en los bancos del colegio. El hombre que fué á pedir á la tierra extranjera la felicidad, la fortuna que le negaba su patria, quiere atravesar otra vez los mares, quiere, antes de morir, oír todavía las benditas ondulaciones de la campana que tocó á su bautismo y á su primera comunión, y celebró la augusta ceremonia que le hizo al pie del altar el modelo de los esposos y después el más dichoso de los padres.

Estas consideraciones conducirán á promover el aprecio de las campanas, y á lamentar la época desgraciada que las convirtió en instrumentos de muerte. La supresión de aquellas aéreas pirámides, de aquellas imponentes cúpulas que se reemplazan hoy con pesadas construcciones donde falta lo mismo el aire que la luz, tienen un no sé qué de triste, tanto para los ojos como para el corazón, y es que en su cima no se ha reservado puesto alguno para la gran voz que debía comunicarles inteligencia y vida,

mientras que aquellas altas fachadas con su portada magnífica, con su ancho roseton, con sus torres magestuosas, con sus campanarios piramidales, erguidos como señales para el caminante, no puede menos de inspirar saludables pensamientos. ¿Los ojos que las miden desde la base hasta la cima, no perciben un horizonte nuevo, regiones nuevas en que moran la paz y la inocencia?

Con qué gracia, con qué grandeza no coronaba las ciudades más orgullosas la esbelta aguja de nuestras iglesias! A vista de aquellos bosques de torrecillas, de tantos arcos atrevidos de los puentes lanzados entre los aires: en presencia de aquella mezcla de grandeza y variedad, de aquellas masas tan robustas y tan ligeras, de aquellas estatuas de todas dimensiones, se sentía vagamente que la idea ordenadora de aquella grande obra había querido hacer de ella el palacio del Monarca Supremo, á y la manera de un símbolo de la creación, templo augusto del cual la campana, expresión del reconocimiento y de la plegaria universales, parecía ser la voz y el alma. El aspecto solo de una catedral, cuando se sabe comprender su significado, es uno de los más bellos espectáculos reservados al hombre sobre la tierra.

Después de la descripción que he-

mos copiado de la significacion de la campana, tendrán mas interés los detalles que vamos á esponer. Sus servicios no se limitan al culto, sobre todo en las aldeas: se usan para convocar á los vecinos, para señales, y tambien, á la manera de las trompetas de los antiguos levitas, ha marchado al frente de los ejércitos cristianos. En la historia de las guerras de Italia en la edad media se lee que se llevaba por los campos y sobre el campo de batalla una campana que estaba suspendida sobre un *carrocima*, gran carro en forma de campanario, y que era objeto de una asidua vigilancia: se la rodeaba de un cuerpo de tropas escogidas, y se tenia por grande deshonra el dejarla en poder del enemigo: era su bandera y su trompeta. El campanario portátil estaba pintado de encarnado; las bestias que tiraban de él estaban arnachadas con lujosos atavios y caparazones, y se adornaba la ambulante torre con las banderas del ejército.

Los florentinos tenian de estos carretones—campanarios sobre los que desplegaban sus banderas. La famosa campana *Martinella* servia de tambor

para tocar á marchar las tropas y dar la señal del combate. Servian tambien para tocar á los officios divinos y en algunos carros iban capillas portátiles que se armaban y servian para que en medio de los campamentos no faltase el sacrificio que liga á la tierra con el cielo.

Muchas son las campanas que ha habido célebres: la de Belilla y Toledo en España, las de San Pedro del Vaticano, la de Moscow que es hoy la mayor de todas las que existen, y otras muchas cuyas particularidades y celebridad provienen ó de un sonido, ó de su tamaño, ó de sonar en tiempos determinados como la de Belilla en Aragon.

Con estas circunstancias que tiene la campana no es extraño que en su bendicion se hayan ocupado los rituales diocesanos. Entre los demas celebridad pondremos á continuacion el siguiente que se diferencia del romano en muchas partes, pero que esta bastante generalizado en algunos estados católicos.

(Se continuará.)

CONSAGRACION DE ARAS.

El ara consagrada es propiamente el altar sobre que se ofrece el Santo Sacrificio de la Misa. La armazon de madera sobre que suele colocarse es como el marco respecto del cuadro: solo sirve para mayor comodidad, para poner el libro, los candeleros y demas. Por esta causa la armazon no tiene bendicion ninguna, y solo el ara es la que está consagrada. Estas aras se llaman en el lenguaje litúrgico *Altar portátil*, porque en efecto se transporta de un lugar á otro, como puede hacerse en nuestras iglesias llevándola de uno á otro altar, si es necesario, ó de una á otra parroquia. Los misioneros en los paises á donde van á predicar el Evangelio llevan consigo un ara, como llevan el cáliz y las demas cosas necesarias para decir Misa.

Se llaman las aras altares portátiles, para diferenciarlos de los altares fijos que hay en algunas iglesias, compuestos de una ó mas piedras colocadas en forma de altar, sobre las cuales se pone otra que cubre, lo que se puede llamar el pié ó la base del altar, al cual se pega con cal bendita para que forme un todo unido; y cuando este altar se consagra toda su superficie superior queda convertida en ara, y en cualquier parte de ella puede ofrecerse el Sacrificio. Esta es la di-

ferencia que hay entre el altar fijo y el altar portátil que vulgarmente se llama ara; diferencia que hace que si del altar fijo se arranca la piedra ó losa superior, el altar pierde la consagracion, como si á un cáliz se legasta el dorado. Mas con el altar portátil ó ara no sucede asi, porque esta se consagra separadamente, y no en union con la armazon de madera sobre que se pone en la iglesia.

La consagracion de aras, que por el derecho está reservada á los Obispos, es antiquísima en la iglesia, y se cree que viene de tradicion apostólica. El ceremonial es tan grave y prolongado, que para consagrar veinte aras es necesario emplear tres horas. El decir Misa á sabiendas sin ara consagrada es segun la moral cristiana, un pecado mortal, como lo seria el celebrar sin cáliz consagrado.

La colocacion de las reliquias al tiempo de la consagracion de aras es una parte notable del ceremonial que se prescribe en el Pontifical Romano, y por lo mismo, las que no las tengan, deben reputarse como inservibles para la celebracion de la Misa; y esto lo indica bien la oracion que dice el Sacerdote al altar *quorum reliquæ hic sunt*. En rigor esta clase de aras debiera consagrarse de nuevo colocando en ellas las reliquias; mas para facilitar la operacion se obtiene de la Sagra-

da Congregacion de ritos la facultad de restaurar las que no las tengan con solo ponerlas en el sepulcro. consagrándole á la vez y diciendo la oracion que trae el Pontifical.

Haremos ahora una breve reseña de los principales ritos con que se consagran las aras.

Vestido el Obispo de medio pontifical, bendice el agua para hacer lo que puede llamarse la purificacion espiritual de la piedra; y con este fin mezcla en el agua un poco de sal, de ceniza y de vino despues de haber bendecido estas cosas con una oracion particular. Estas ceremonias significan naturalmente, que, para purificar nuestros corazones, debemos infundir en ellos la sal de la sabiduria, la humildad representada en la ceniza, la espiritual alegria representada en el vino y las lágrimas de la penitencia representadas en el agua.

Preparado de esta manera el elemento de la purificacion, el Obispo mojando el dedo pulgar en el agua asi bendita, hace con ella cinco cruces en la superficie del ara; una en el centro para denotar que Jesucristo murió en medio del mundo, como dijo el Profeta *operatus es salutem in medio terræ*; otra en el ángulo superior de la parte del Evangelio, la tercera en el ángulo opuesto, la cuarta en el ángulo inferior del lado del Evan-

gelio y la quinta en el superior del lado de la Epístola. En seguida con la yerba llamada hisopo rocía tres veces al rededor la piedra de ara para denotar que todo se santifica en virtud de la Trinidad y de la humildad de la Cruz, representada en el hisopo yerba pobre y humilde que se arrastra por la tierra.

El segundo acto podemos llamarlo la bendicion del ara, que se hace formando con el Oleo de los Catecúmenos otras cinco cruces en los mismos lugares en que se formaron con el agua. La piedra material representa en primer lugar la humanidad Santísima de N. Señor Jesucristo que fué ungida con los dones del Espíritu Santo, y en segundo lugar representa á cada uno de sus miembros que debemos ser piedras del edificio espiritual de su iglesia y altares vivos para ofrecer en ellos el sacrificio espiritual de alabanza á Dios: por esto no basta que estos altares vivos sean purificados de sus manchas sino que ademas deben ser hermoseados con las virtudes divinas de la fé, esperanza y caridad. Esta primera uncion hecha con el Oleo de los Catecúmenos significa la fé con que nuestros corazones, que deben ser altares vivos de Dios, han de sujetarse al yugo suavísimo de la cruz.

El tercer acto podemos llamarle

Santificación del ara, la cual se verifica, haciendo el Obispo otras cinco cruces en los mismos lugares con el mismo Oleo de los Catecúmenos, y esta ceremonia representa la virtud de la esperanza en la misericordia de Dios, como se colige de la oración que precede.

Se hace la tercera unción en los mismos lugares con el Santo Crisma, y si la primera fué de bendición y la segunda de santificación, la tercera es de consagración. Como por la fé el hombre es adoptado por hijo de Dios y colmado de bendición, y por la esperanza se santifica, porque esta virtud le levanta sobre la tierra, haciéndole aspirar á los bienes celestiales; la caridad que es superior á ellas le consagra á Dios y le hace como una cosa divina, uniéndole á El por amor. Al tiempo de hacer las cruces, tanto con el Oleo como con el Crisma, dice al formar cada una de ellas: sea santificada y consagrada esta mesa en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, haciendo cinco cruces con la mano al formar cada una con el Oleo ó el Crisma en la piedra. En seguida inciensa el ara para denotar el buen olor de las virtudes, que deben despedir los altares vivos de Dios: se dicen salmos, se dirigen oraciones á Dios, pidiéndole que oiga los votos de los que oren delante de aquel altar; se recuerda la piedra sobre la cual Jacob derramó el Oleo, la vision de la escalera misteriosa y otras cosas semejantes para darnos á conocer la iglesia, los misterios escondidos que se encierran en estos ritos religiosos. Hasta aquí la

parte principal del magestuoso ceremonial de la consagración de las aras, del cual hemos querido hacer una breve reseña porque los Sacerdotes deben tener de él alguna idea para enseñar al pueblo el respeto que deben mostrar á las aras consagradas; pues parece que la iglesia con la magestad del ceremonial, que es mucho mayor que el de la consagración del Cáliz, quiere darnos á entender que si ese vaso sagrado es respetable, el ara es respetabilísima, y que es una profanación indigna el romperlas para tomar algunos pedacitos y destinarlos á prácticas supersticiosas. El ara ha sido destinada exclusivamente para ofrecer sobre ella el Santo sacrificio, y cualquiera otro destino sería un abuso ó una profanación.

ANUNCIO

Los Sres. Arciprestes deberán acudir ó mandar persona de su confianza á esta Capital de Diócesis el 22 de este mes de Abril, día 3.º de Pascua, con el objeto de recoger los Santos Oleos y poderlos repartir en sus Arciprestazgos respectivos, en la forma acostumbrada, el lunes siguiente á la Dominica de Cuasimodo, concurrendo los Sres. Párrocos á conducirlos sin encomendarlo á personas seglares.

NECROLOGÍA.

En el día 23 de Marzo falleció el Sr. D. Lorenzo Aragonés Cura Párroco de Hinojosa del Campo. R. I. P.

BURGO DE OSMA:
IMPRESA DE NICOLÁS P. MARTIALAY.